

## CAPITULO CXI.

Requesens en Flandes. — Sus primeros actos. — Reveses de los españoles. — Derrotan á Luis de Nassau. — Sitio de Leyden. — Heroísmo de los flamencos y de los españoles.

ENCARGADO Requesens del gobierno de Flandes, puso todo su esmero en conseguir por medio de conciliadoras medidas, y por pacíficos medios, lo que su antecesor no había logrado por la fuerza.

Dirigió su voz á las provincias exhortando los ánimos á la concordia, y al contestar á las arengas que los diputados de los cuatro miembros de Flandes y Brabante, le dirigieron con motivo de su elevación al gobierno, expresó asimismo en un sentido sumamente templado y pacífico.

Apresuróse á conceder amplio perdón á cuantos quisieran volver á la obediencia del Monarca y de la Santa Sede, y comprendiendo que la estatua del duque de Alba, levantada en Amberes, era mirada por los flamencos como un insulto hecho al país, mandó quitarla del lugar que ocupaba, con general regocijo.

Parecía que tales medidas habían de producir un excelente efecto, y en término cercano pacificar el país; mas no fue así, pues todas estas disposiciones, aunque cuerdas, venían sobrado tarde. Seguramente si hubiesen sido adoptadas por el duque de Alba al encargarse del gobierno de Flandes, ni habrían tenido lugar los sucesos que hemos referido, ni se hubiera llegado al extremo en que estaban las cosas á la sazón.

Muchos fueron los acogidos al indulto concedido por el Comendador, pero no faltó tampoco quien le considerara como una muestra de debilidad, y esta creencia, propalada entre los rebeldes, hizo á no pocos de ellos mas obstinados. Agréguese á esto la desgracia con que empezó Requesens las operaciones, y á nadie extrañará el nada lisonjero resultado de su gobierno.

Dominaban los orangistas en casi toda la Zelanda, escepcion hecha de su capital Middemburg, y de dos castillos de suma importancia, y deseosos de apoderarse de una y otros, habían apretado de tal manera el cerco de ellos, que ya los de adentro se habían visto precisados á mantenerse de los animales mas inmundos y á reducir la ración del soldado á dos onzas de pan de linaza.

Sabedor Requesens del apuro de los españoles, dispuso dos escuadras que habían de socorrer la plaza, yendo por los dos brazos del Escalda, y mandadas por Sancho Dávila la una, y la otra por el maestro de campo Julian Romero.

Encontróse la armada española con la enemiga antes de llenar su cometido, y superior esta en número y cualidades de las naves, y encallando no pocas de las pertenecientes á los españoles, consiguieron los rebeldes una fácil victoria que estuvo á punto de costar la vida á Julian Romero, cuyo navío se fue á fondo, y él hubo de salvarse nadando hasta llegar al dique Bergen, donde se hallaba el Comendador imposibilitado á pesar suyo, de prestar auxilio á la flota, cuyos restos se retiraron del combate hasta ponerse en salvo.

Dióse aviso de este desastre simultáneamente á Sancho Dávila para que evitase el riesgo tomando la vuelta de Amberes, y al coronel Mondragon que mandaba en Middemburg, para que obrase como lo exigían las circunstancias.

Estas obligaron á aquel valiente militar á hacer entrega de la plaza bajo las condiciones siguientes: «...Que él y sus soldados, saldrían con armas y banderas, cajas, ropa y bagajes, pero sin deshacer las fortificaciones, ni llevar la artillería, ni tampoco las mercancías, que eran las que constituían las riquezas de aquel pueblo; y los que lo contrario hiciesen serían castigados á discreción por el príncipe de Orange: que el dicho coronel Mondragon daba su fe y palabra de poner dentro de dos meses en manos del príncipe de Orange á Felipe de Marnix, conde de Santa Aldegundis, y á otros tres capitanes que estaban en poder de los españoles y de no hacerlo, el mismo Mondragon se obligaba á ponerse á disposición del de Orange: que los frailes, clérigos, comisarios y contadores saldrían con sus respectivos trajes, papeles y criados, y el príncipe de Orange, se comprometía á darles navíos en que fuesen con toda seguridad hasta la costa de Flandes (1).» Tal fue la capitulación firmada en 18 de febrero de 1574, merced á la cual, si bien honrosa para los vencidos, quedaban los rebeldes dueños de toda Zelanda, dominando en el mar, y ricos con la venta de las mercancías que la ciudad encerraba.

A este mismo tiempo y por hacer mas apurada la situación de los españoles, Luis de Nassau dirigióse para el Mossa con seis mil infantes y tres mil caballos, y con ánimo de apoderarse de Maestricht y de Amberes.

La situación, como se ve, era peligrosa; mas lejos de desanimarse Requesens, pareció crecerse ante la gravedad de los sucesos.

Dió orden á D. Bernardino de Mendoza para que con sus compañías de caballos se metiera en Maestricht, para animar á los de adentro con el anuncio de un pronto socorro, é inmediatamente despachó con este á Sancho Dávila. Asimismo dispuso que Gonzalo de Bracamonte viniese de Holanda con las fuerzas que tenía á su mando, y envió personas de su confianza á reclutar gente en Alemania y Suiza, dándose todos tan buena maña en cumplir las órdenes de Requesens que pasaron el invierno luchando continuamente é impidiendo los progresos del enemigo, y llegada la primavera, presentáronle batalla en Mook, pequeña aldea del país de Cleves, sobre el Mossa, derrotándole tan completamente, que Luis

(1) Lafuente, *Historia de España*, part. III, lib. II.

de Nassau, su hermano Enrique y el duque Palatino, que comandaban á los rebeldes, quedaron muertos en el campo de batalla, con mas de tres mil de estos, y con pérdida de treinta banderas y todo el bagaje y dinero.

Grandes habrían sido los resultados de esta victoria de no haberles malogrado una insurrección de los viejos tercios españoles en reclamación de sus pagas, sublevación, que aun verificada con gran orden, causó gravísimos perjuicios, pues tuvo en la inacción á las tropas durante el mes y medio, que á pesar de los esfuerzos de Requesens, hubo de tardarse en reunir el dinero necesario.

«Esta sedición militar, — dice Lafuente, — fue una de las mas graves que hubo, y al mismo tiempo de las mas ordenadas. Cuando Sancho Dávila los arengó exhortándoles á la subordinación y á la disciplina, le contestaban, entre otras cosas: *¿Pensais que ha de ser lícito pedir cada dia la vida de los soldados, y que los soldados no han de poder pedir una vez al mes el sustento para sus vidas?* Y al quererles predicar un religioso jesuita, le atajaron el discurso diciendo: *Si antes nos dais el dinero de contado, despues oiremos muy atentos vuestro sermón; que de buenas palabras estamos ya cansados: que si pudiera ponerse en una balanza la sangre que hemos vertido por el Rey, y en otra la plata que el Rey nos debe, de cierto había de pesar mas aquella que esta.* Ellos nombraron su cabo, que llamaban *el Electo*, segun costumbre; establecieron su forma de gobierno militar, y se dirigieron á Amberes, donde no de mala gana les permitió entrar la guarnición española del castillo, que tambien se rebeló intentando echar de él al gobernador y su teniente, bien que aquel contestó con firmeza que no saldría del castillo con vida. Los tumultuados de fuera, despues de haber desalojado de la plaza las compañías walonas, pregonaron un bando á nombre del *Electo* y plantaron una horca para colgar de ella á todo el que se desmandara á cometer hurto ó rapiña, lo cual ejecutaron con dos delinquentes, y no volvieron á cometerse crímenes de este género.»

Procurando, á pesar de esto, el gobernador molestar cuanto podia al enemigo, dispuso que Francisco Valdés se dirigiese á Holanda con la gente que de allí antes había sacado y continuara el sitio de Leyden, comenzado ya por el duque de Alba, é igual orden y con el mismo objeto comunicó al gobernador de Arlem y otros varios capitanes. Llevábase con esto Requesens una doble mira; llamar la atención de los orangistas por aquella parte, para que no penetrasen en el Brabante, donde á la sazón con el pronunciamiento de las tropas, ninguna resistencia podia oponérsele, y dar espera á la llegada de una escuadra que estaba organizándose en Santander.

Mas no parecía haber ido el Comendador á Flandes con muy buena estrella. Los tercios españoles fueron al fin pagados y dirigidos á Holanda al mando de Chapino Vitelli, pero Pedro Melendez de Avilés, que había de mandar la escuadra de Santander, falleció antes de que saliese esta del puerto, y el natural retraso que causó esta desgracia, dió lugar á que ocurriera cerca de Amberes una catástrofe á los navíos españoles que habían quedado de la derrota del Escalda, y que habiéndose alejado imprudentemente de la costa, fueron apresados todos por la armada orangista.

Hacían entre tanto los españoles todo género de esfuerzos por apoderarse de Leyden, y á punto estaban ya de conseguirlo, cuando tomaron los flamencos una resolución heroica y extrema, que inutilizó todos los trabajos de aquellos: la de anegar en aguas todo el país, haciendo un mar de la tierra de Holanda.

«Abrieron las esclusas, — dice un historiador — rompieron por diez y seis partes los diques de Lissel y del Mossa, y dieron entrada á las mareas del Océano, (agosto 1574), inundando las campiñas de Delpheth, Rotterdam, y Lemonde y Leyden, aquellas campiñas que los laboriosos holandeses, por medio de la obra maravillosa de sus diques habían logrado como robar al mar y á los rios. Sorprendidos los españoles con aquella especie de nuevo é inesperado diluvio, dedicáronse á cerrar algunas de sus aberturas, mas nada lograron con esto. Al paso que avanzaban las aguas, terribles auxiliares de los sitiados, retirábanse aquellos, donde podían ponerse á cubierto de la inundación, haciendo trincheras, cavando la tierra con sus mismas dagas y espadas, llevándola en los petos y morriones. Los enemigos iban abriendo otros boquetes en los diques, pero lo extraordinario y lo imponente del espectáculo, fue ver aparecer por entre la población y los árboles de la campiña, la armada de los rebeldes, que venia de Flesinga al mando del almirante Luis de Boisset en número de ciento setenta bajeles bogando por encima de los prados y tierras labradas (setiembre).»

«Las naves eran chatas y sin quilla, y cada una llevaba dos piezas de bronce á la proa, y otras seis mas pequeñas á cada costado, con competente número de remeros y sobre mil doscientos hombres de guerra entre todos, con dos compañías de gastadores para abrir los diques donde fuese necesario, y atrincherarse en los que fuese menester. La vista de una armada navegando por los campos y por en medio de lugares y arboledas, seria sin duda sorprendente y pintoresca; pero los españoles debieron conocer entonces que no era posible subyugar un pueblo que hacia tan gigantescos esfuerzos (1).»

(1) Lafuente, *Historia general de España*, part. III, lib. II.



LOS ESPAÑOLES MANDADOS POR REQUESENS TOMAN LAS ISLAS DE ZELANDA

## CAPITULO CXII.

Manejos de los orangistas para asesinar al Comendador.—Intenta este hacer matar al de Orange.—Conducta de Felipe II en este asunto.—Nueva sublevación de los españoles.—Campana de Holanda.—Expedición á Zelanda.—Valerosa conducta de los españoles.—Muerte de Requesens.—Gobierno del Consejo de Estado.

**SENSIBLE** es para el historiador despues de narrar triunfos como el de Monk y desastres como el de Leyden, empresas ambas, que si bien de distinto resultado, tienen por base la lealtad y el valor; haber de ocuparse de otros hechos, en los que no brillan seguramente ninguna de ambas cualidades.

Poco antes de conseguido aquel triunfo sobre Luis de Nassau, avisaba el embajador Antonio de Guarax desde Londres, á Requesens, que Tomás Bac, irlandés, habia salido de Inglaterra con encargo de asesinarle, para lo cual habia recibido dinero de la misma Reina.

«De aquí ha partido, (decia Guarax), uno, nombrado el capitán Tomás, irlandés, que por otro nombre se llama ahí Mos de la Chau-se; habla buen francés, y está aposentado en esa villa, en un meson que se dice del Yelmo Dorado. Partió de ahí á los 13 de este para Alemania, y llegó aquí á los 18, y le dieron en corte cien libras en soberanos, y el mismo día los trocó por angelotes. Partióse á los 19 para ahí. Otra vez que vino de ahí, aquí le dió la Reina otras cien libras. Esto sé de persona que ha estado en su compañía, y esta tal me ha dicho que por alguna murmuración que ha oido en el aposento de un grande, á quien el capitán Tomás se llegaba de que algunos enviaban á matar á V. E., (á quien Dios guarde), sospecha la dicha persona que el dicho Tomás es partido para ahí con este propósito tan malo; y mas atendió que decian por palabras generales, que si antes que el rey de España viniese ó enviase sus grandes fuerzas contra el de Orange muriese el gobernador de Flandes, que seria necesario á la Reina recibir de mano del d'Oranges á Zelanda, pues, hallándose él y su hermano Ludovico tan prósperos y armados, no podrian dejar de enseñorearse de todos los estados, por lo mucho que Auvers y otros pueblos desean recibirlos, y del todo echar los españoles de la tierra. Y esto me certifica que oyó á personas de estimacion, y que tiene gran sospecha de que procuran tan malos deseos por mano de dicho Tomás ó de otro. Teniéndose oido á sus tratos, podrá descubrirse por indicios algo de su presentacion, que no puede ser sino mala. Llámase acá Tomás Bac. Es hombre de mediana estatura, de 35 á 40 años, no flaco, y de barba algo roja; conocido por malo, etc., etc. (1.)»

Ciertamente parecen haber sido los orangistas los primeros en querer apelar á tan reprobados medios, mas no por eso se justifica el proceder del Comendador y de Felipe II al intentar hacer uso de las mismas armas contra el de Orange, «de hacer matar al Principe de Orange, (escribia Requesens al secretario del Monarca), si Dios no lo hace, no tengo esperanza; que tres meses há que no ha vuelto el inglés que me la habia dado. No sé si ha sucedido desgracia, ó si era trato noble; que no hallo hombre de quien pueda fiar, que emprenda esto, por mucho que prometa. No sé si ellos hallarán los que buscan para acabarme á mí; beso los pies á S. M. por el cuidado que v. md. me escribe que tiene de que yo guarde mi vida, en la cual iria muy poco, si no estuviese lo de aquí á mi cargo; y envío á v. md. dos avisos que un mismo día tuve de Inglaterra, el uno de Guarax, y el otro de un inglés de los que aquí se entretienen, que dijo habersele enviado una dama de la misma Reina que dice es católica, por donde verá v. md. la obligacion que yo tengo á la Reina, y de Alemania há dias que tuve avisos, que hacian la misma diligencia, pareciéndoles que el mas corto camino para acabar lo de aquí, era acabar al que estuyese encargado de ello, y yo me puedo guardar mal, no conviniendo mostrar que se teme esto, y habiendo de dar siempre audiencias públicas, y salir fuera á misa y á otras cosas, y en campana, y un arcabuzazo pasa muy bien entre alabarderos y archeros, que es la guarda que yo tengo; pero confio en Dios que él me guardará y así me da esto mucho menos cuidado que las otras cosas públicas de estos estados (2).» Si censurable es en Requesens intentar acudir á tales arbitrios es lo mucho mas en Felipe II ó el aprobarlos ó insistir en ellos como lo prueban las líneas por él mismo escritas al márgen de la citada carta, que dice lo siguiente: «Todavía escribid de mi parte que procure mucho de guardar su persona, pues vea lo que va en ello al servicio de Dios y al mio; y de que se haga todavía lo demás que se le ha escrito pues alguno de los escuetuados en el perdon general pudiera ser porque le perdonasen y volviesen su hacienda; y al conde Monte Agudo, creo que habreis escrito que quizás por allí habría mas aparejo.»

Contrista el ánimo haber de ocuparse de semejantes hechos, que la imparcialidad histórica obliga á no suprimir, mas cumplido el deber de referirlos y reprobarlos que impone su cargo al historiador, no seria justificado detenerse indebidamente y como recrearse en ellos.

Rechazados de Leyden los españoles, no por la fuerza de las armas, sino por la de los elementos, perseguidos por la escuadra enemiga á través de los campos merced á la inundacion, no cedieron el terreno sino palmo á palmo, y cuando la creciente avenida de las aguas les obligaba á ello, retirándose en direccion de Arlem y la Haya. De todas maneras grande era el contratiempo, pues que-

(1) Archivo de Simancas. Estado. Flandes. Leg. 337.  
(2) Carta de D. Luis de Requesens á Gabriel de Zayas, secretario de Felipe II á 19 de abril 1571. Archivo de Simancas. Estado. Leg. 337.

daba socorrida Leyden, triunfantes los rebeldes y perdida no poca gente de la del Comendador, y para agravar mas la situacion, tuvo lugar poco despues una nueva rebelion de las tropas españolas, en demanda de sus pagas atrasadas; no fue muy bien esta vez á los sublevados, pues marchando á Utrecht é intentando penetrar en el castillo fueron rechazados por la guarnicion leal de este, pereciendo no pocos en el asalto. Persistieron, no obstante, en su facciosa actitud hasta que Juan Ossorio de Ulloa les llevó la orden para el pago de sus atrasos, con lo cual se consiguió aquietarlos, mas no recuperar el mes de inaccion en que habian estado.

No les imitaban en esto los orangistas, antes al contrario, agitábase buscando partidarios y procurando crear conflictos por todas partes al Comendador, faltándole poco para hacer estallar en Amberes una conspiracion, afortunadamente descubierta, y que costó la vida á sus promovedores.

Tratóse por entonces, merced á la mediacion del emperador Maximiliano, de llegar á una avenencia que pusiera término á las hostilidades, mas nada pudo conseguir el conde de Solworceberg, venido á Amberes con aquel objeto, y que en vista de la inutilidad de sus esfuerzos tornó de nuevo á su país.

Tratóse con esto de dar nuevo impulso á las operaciones, y llegado el año 1575 emprendiéronse estas por la parte de Holanda, y Buren y la isla de Finant cayeron en poder de los españoles despues de heróicos esfuerzos.

Con tan feliz resultado intentóse ya cometer mas ardua empresa, á cuyo fin, quedándose el señor de Hierges con una parte de las tropas, envió el resto con Julian Romero y Valdés al Brabante donde hacian falta á Requesens, que proyectaba entonces emprender la conquista de las islas de Zelanda, á fin de tener un puerto que pudiese darle superioridad marítima sobre los sublevados, cuando llegase la armada que en España se estaba preparando.

Esta empresa, una de las mas temerarias que han podido concebir los hombres, al decir de un historiador, «era ardua y peligrosísima, mirada por algunos como imposible, á causa de estar las poblaciones zelandesas en islas que forma el Mossa y el Escalda, é invadidos en las mareas por las aguas del Océano, que se mezclan y confunden con las de los rios formando brazos de mar.»

A pesar de tantos peligros y de los que procuraban aumentar los rebeldes, los tercios españoles, mandados por Chapino Vitelli, Sancho Dávila, Mondragon, Ossorio de Ulloa y otros capitanes, bajo la direccion suprema de Requesens, supieron vencer todos los obstáculos, y llegados al canal que separa la isla de Philipsland, metiéronse agua adentro dando el ejemplo Ossorio de Ulloa, que á pesar de que aquella les llegaba casi hasta el cuello, y de que tenian que atravesar por entre dos filas de navíos enemigos á tiro de arcabuz, siguieron animosos, y aunque muchos perecieron en el camino, los restantes llegaron al dique y con sobrehumano heroísmo, apoderáronse de la trinchera que allí tenian los enemigos. En breve se les unieron Sancho Dávila y el coronel Mondragon, y unidos todos, apoderáronse de los seis fuertes que tenian los rebeldes en la isla de Duivelan.

Separa esta isla de la de Schowen, donde está la ciudad de Zierickzee, un canal de un cuarto de legua, que tambien atravesaron nuestros soldados, mas viéronse obligados á contentarse con bloquear dicha capital, por haber hecho imposible los zelandeses, rompiendo los diques, el establecimiento del sitio.

Con este motivo, dejando Requesens frente á la ciudad las fuerzas necesarias, tornóse á Bruselas á dar cuenta al Rey de lo que ocurría y atajar los progresos de los orangistas, que se habian apoderado del fuerte de Kreinpen en Holanda.

Poco tiempo pudo dedicarse el Comendador á la gestion de los negocios de Flandes, pues en 5 de marzo de 1576 terminó su vida una enfermedad que no le dió tiempo ni para nombrar gobernador que le sustituyera, ni mucho menos para gozar, viendo coronados sus esfuerzos, con la rendicion de Zierickzee, ocurrida en 21 de junio del propio año.

Quedó con la muerte de Requesens el gobierno de Flandes en manos del Consejo de Estado, y confirmó Felipe la autoridad de los consejeros con gran falta de tacto, y con un éxito por demás desastroso. Aconsejaba el Papa que nombrara gobernador á D. Juan de Austria, mas no lo creyó por entonces conveniente el Monarca, para verse obligado á hacerlo poco despues, ocasionando con ello no pocas desgracias á flamencos y españoles.

Dividiéronse los consejeros en dos partidos; de *hispanienses* y de *patriotas*, y apoyaban estos mas ó menos directamente las aspiraciones de los rebeldes. Con ellos entendiése el de Orange, y tal perturbacion se originó de aquí en la marcha del Gobierno, que los capitanes españoles viéronse obligados á obrar por sí mismos y á reunirse en Amberes con todas las tropas de que disponian. Otra sublevacion de tropas, ocurrida en Zierickzee en demanda de pagos, agravó la situacion; los amotinados, dejando á Zelanda, viniéronse á Flandes y se apoderaron de Lost, y cuando todo era desorganizacion y descontento, con no poco provecho de los rebeldes, llegó la nueva de haber sido nombrado gobernador de Flandes D. Juan de Austria.



SELIM II.

J. SERRA, LIT.

V. VIDAL, OLMO, B.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.